

Elías Canetti

AUTO DE FE



A través de la historia de Peter Kien, un especialista en China internacionalmente conocido, propietario de una biblioteca de 25.000 volúmenes de la que se ocupa él mismo, Canetti habla de los peligros de considerar que un intelectualismo rígido y dogmático, encerrado en sí mismo, pueda prevalecer sobre el mal, el caos y la destrucción. Así, el protagonista de Auto de fe, después de soñar que sus libros eran quemados, se casa con su asistente, Teresa, una mujer iletrada y embrutecida, que habrá de ayudarle en la tarea de preservar su biblioteca.

A Veza Canetti

Primera parte

UNA CABEZA SIN MUNDO

El paseo

- ¿Qué haces aquí, muchacho?
- Nada.
- Entonces, ¿por qué te quedas parado?
- Porque...
- ¿Sabes leer?
- Pues sí.
- ¿Cuántos años tienes?
- Nueve cumplidos.
- ¿Qué preferirías: un chocolate o un libro?
- Un libro.
- ¿De veras? Estupendo. ¿Así que por eso estás aquí?
- Sí.
- ¿Por qué no me lo dijiste antes?
- Mi papá me regaña.
- Ajá. ¿Cómo se llama tu padre?
- Franz Metzger.
- ¿Te gustaría viajar a otro país?
- Sí. A la India. Hay muchos tigres.
- ¿Y adonde más?
- A la China. Hay una muralla enorme.
- ¿Te gustaría escalarla?
- Es demasiado ancha y alta. Nadie puede escalarla. Por eso la construyeron.
- ¡Cuánto sabes! Se ve que has leído mucho.
- Sí, leo siempre. Papá me quita los libros. Quisiera ir a una escuela china. Tienes que aprender cuarenta mil letras. Todas no caben en un libro.
- Eso es lo que tú crees.

—Las he contado.

—De todas formas no es cierto. Deja esos libros del escaparate. No hay ni uno bueno. En el bolsillo tengo algo mejor. Espera, que te lo enseñaré. ¿Sabes qué escritura es ésta?

—¡China! ¡China!

—Eres lo que se dice un chico listo. ¿Habías visto ya algún libro chino?

—No, lo adiviné.

—Estos dos caracteres significan Meng Tse, el filósofo Meng. Fue un gran hombre en la China. Vivió hace 2250 años y sus obras todavía se leen. ¿Te acordarás?

—Sí. Ahora tengo que irme al colegio.

—¡Ajá! ¿Conque miras los escaparates de las librerías cuando vas al colegio? ¿Cómo te llamas?

—Franz Metzger. Como mi padre.

—¿Y dónde vives?

—En la calle Ehrlich, veinticuatro.

—Yo también vivo ahí. No recuerdo haberte visto.

—Usted siempre desvía la mirada cuando se encuentra con alguien en la escalera. Yo lo conozco hace tiempo. Usted es el profesor Kien, pero no da clases. Mamá dice que no es un profesor de verdad. Pero yo creo que sí, porque tiene una biblioteca. Nadie puede imaginar lo que es eso, dice la María. Es nuestra criada. Cuando sea grande tendré una biblioteca. Con todos los libros y en todas las lenguas, uno chino también. Ahora tengo que correr.

—¿Quién escribió este libro? ¿Te acuerdas?

—Meng Tse, el filósofo Meng. Hace exactamente 2250 años.

—Muy bien. Puedes venir un día a mi biblioteca. Dile al ama de llaves que te he dado permiso. Te enseñaré postales de la India y de la China.

—¡Qué bueno! ¡Vendré! ¡Sí que vendré! ¿Puedo esta tarde?

—No, no, chico. Tengo que trabajar. No antes de una semana.

El profesor Peter Kien, hombre alto y enjuto, erudito especializado en sinología, guardó el libro chino en la cartera, ya repleta, que llevaba bajo el brazo, la cerró cuidadosamente y siguió con la mirada al inteligente muchachito hasta verlo desaparecer. Malhumorado y taciturno por naturaleza, no tardó en reprocharse esa conversación iniciada sin ningún motivo.

Durante sus paseos matinales, entre las siete y las ocho, solía dar un vistazo a los escaparates de las librerías por las que pasaba, constatando, casi con satisfacción, que la literatura pornográfica y de pacotilla iba ganando cada vez mayor terreno. Él mismo poseía la biblioteca privada más importante de esa gran ciudad. Llevaba siempre una mínima parte consigo. Su pasión por ella, la única que se había permitido a lo largo de una vida austera y consagrada al estudio, lo obligaba a adoptar ciertas medidas de precaución. Los libros, incluso malos, lo inducían con facilidad a hacer una compra. Pero, por suerte, la mayor parte de las librerías no abrían hasta después de las ocho. A veces, uno que otro aprendiz, deseoso de atraerse al jefe, aparecía más temprano, esperaba al primer empleado y, con gesto solemne, le quitaba la llave: «¡Estoy aquí desde las siete!» exclamaba, o bien: «¡No pude entrar!». Tanto celo contagiaba fácilmente a un tipo como Kien, que hacía esfuerzos por no seguir su ejemplo. Entre los propietarios de tiendas más modestas, no faltaban algunos madrugadores que, desde las siete y media, trajinaban con la puerta abierta. Desafiando esas tentaciones, Kien tamborileaba con orgullo sobre su abultada cartera. La llevaba bien pegada a él, de un modo muy personal, para ponerla estrechamente en contacto con su cuerpo. Sus costillas la sentían a través del traje, raído y ordinario. El brazo reposaba en la concavidad lateral, amoldándose perfectamente a ella. El antebrazo le servía de apoyo desde abajo. Los dedos, estirados, acariciaban por

todas partes la codiciada superficie. Él mismo justificaba su extrema cautela con el valor del contenido. Si por casualidad la cartera se caía al suelo, o si el cierre, que él examinaba cada mañana antes de salir, se abría justamente en aquel crítico instante, sus preciosos libros podían arruinarse. Y nada odiaba él tanto como los libros sucios.

Aquel día, estando ante un escaparate al regresar a su casa, un chiquillo se interpuso de pronto entre él y los cristales. Kien interpretó ese gesto como una impertinencia, pues sobraba espacio. Él siempre se paraba a un metro de distancia del escaparate, lo cual no le impedía leer todos los títulos visibles. Sus ojos funcionaban a la perfección: detalle muy significativo en un hombre de cuarenta años que pasaba todo el día entre libros y manuscritos. Cada mañana le confirmaban su buena forma. Al distanciarse así de aquellos libros venales, de simple divulgación, les expresaba su desprecio, por lo demás muy merecido si los comparaba con las obras densas y complejas de su biblioteca. El chico era bajito, Kien de una altura excepcional: fácilmente podía mirar por sobre su cabeza. Sin embargo, hubiera preferido más respeto. Antes de reprocharle su comportamiento, se ladeó para observarlo. El chiquillo miraba fijamente los títulos de los libros y movía los labios con lentitud y en voz baja. Sus ojos se iban deslizando de tomo en tomo, sin parar. Cada dos minutos lanzaba una mirada por encima de su hombro. En la acera de enfrente colgaba el gran reloj de una relojería. Eran las ocho menos veinte. A todas luces, el pequeño temía olvidar algo importante. No reparó en el señor que tenía detrás. Tal vez hiciera prácticas de lectura o memorizara los títulos, a los que dedicaba idéntica atención. Se notaba perfectamente cuáles retenían su mirada.

Kien sintió lástima. El chico estaba corrompiendo su espíritu tierno y tal vez ávido de lecturas con esa infame pacotilla. Años después, quizá leyese más de un libro infecto sólo por haberse familiarizado desde niño con el título. ¿Cómo limitar la receptividad de los primeros años? En

cuanto un niño aprende a caminar y a deletrear, queda a merced tanto del pavimento de una calle mal asfaltada, como de la mercadería de cualquier pobre infeliz que —el diablo sabrá por qué— se dedicó a vender libros. Los niños pequeños debieran crecer en grandes bibliotecas particulares. El contacto diario y exclusivo con espíritus serios, una atmósfera intelectual, sombría y apacible, y un tenaz esfuerzo de adaptación al orden más riguroso, tanto en el tiempo como en el espacio, ¿qué mejor manera de ayudar a esos seres tiernos en su juventud? Pero el único hombre que, en esa ciudad, poseía una biblioteca digna de consideración, era el propio Kien. Y él no podía adoptar niños. Su trabajo no le permitía distracciones. Los niños hacen ruido y hay que ocuparse de ellos. Para atenderlos se precisa una mujer. Una simple ama de llaves basta para cocinar. A los niños hay que conseguirles una madre. ¡Si las madres se limitaran a ser sólo madres! Pero ninguna se contenta con su verdadero rol. La especialidad de todas es ser *mujer* y exigir cosas que un erudito honesto no podría satisfacer ni en sueños. Kien había renunciado al matrimonio. Hasta entonces las mujeres le habían sido indiferentes; y lo seguirían siendo. El chiquillo de mirada fija y cabeza movediza llevaba, pues, las de perder. Por compasión habló con él, contrariando su costumbre. Gustoso hubiera redimido sus escrúpulos pedagógicos con un chocolate, pero comprobó que hay niños de nueve años que prefieren un libro a un chocolate. Lo que había sucedido luego aumentó su sorpresa. El chiquillo se interesaba por la China. Leía contra la voluntad de su padre. Los rumores sobre las dificultades de la escritura china lo animaban, en vez de intimidarlo. Reconoció los caracteres a primera vista, sin haberlos visto nunca, y aprobó con sobresaliente una prueba de inteligencia. Además, se negó a tocar el libro que le enseñaron. Tal vez se avergonzara de sus dedos sucios. Kien se los miró: estaban limpios. Otro muchacho hubiera cogido el libro, incluso con las manos sucias. Él tenía prisa; la escuela empezaba a las

ocho, pero se quedó hasta el último segundo. Aceptó la invitación con la avidez de un hambriento: su padre debía de torturarlo mucho, sin duda. Hubiera preferido ir esa misma tarde, en horas de trabajo. Después de todo, ambos vivían en el mismo inmueble.

Kien se perdonó aquella conversación. La excepción que se había permitido parecióle válida y justificada. Mentalmente saludó en el muchachito, que ya había desaparecido, a un futuro sinólogo. ¿A quién le interesaba aquella disciplina tan recóndita? La juventud juega al fútbol; los adultos sólo piensan en lucrar y destinan su tiempo libre al amor. Para dormir ocho horas y holgazanear otras ocho, se consagran el resto del tiempo a un trabajo odioso. Habían endiosado no ya al vientre, sino al cuerpo entero; El Dios celestial de los chinos era más digno y severo. Aun cuando el chiquillo no viniera la semana próxima —cosa bastante improbable—, tenía en la cabeza un nombre nada fácil de olvidar: el del filósofo Meng. Hay impulsos fortuitos e inesperados que pueden orientar toda una vida.

Sonriendo, Kien prosiguió el camino hacia su casa. Raramente sonreía. Pocas veces ha habido alguien que hubiera anhelado tanto una biblioteca como él. A los nueve años soñaba con tener una librería. Pero la idea de ir de un lado a otro como propietario le parecía un sacrilegio. Un librero es un rey, pero un rey no es un librero. Aún era muy pequeño para buscar un empleo, se decía. Y a los recaderos los mandan siempre afuera. ¿Qué provecho sacaría de los libros con sólo llevarlos bajo el brazo, empaquetados? Buscó una solución durante mucho tiempo. Un día no volvió a su casa después del colegio. Se dirigió a la librería más grande de la ciudad —seis escaparates llenos de volúmenes—, y rompió a llorar a gritos. «¡Quiero irme rápido, tengo miedo!», berreó. Le enseñaron el lavabo. Él se fijó bien. Al volver dio las gracias y preguntó si podía serles útil. Su cara radiante provocó la hilaridad de aquella gente. ¡Pensar que poco antes se había contraído por ese pánico absurdo! Le

buscaron conversación: sabía muchísimo de libros. Para su edad les pareció inteligente. Por la tarde lo mandaron fuera con un pesado paquete. Fue y regresó en el tranvía. Había ahorrado dinero suficiente para el pasaje. Cuando ya estaban cerrando la tienda, era casi de noche, anunció que había entregado el paquete y puso el recibo sobre el mostrador. Alguien le dio un caramelo de limón en recompensa. Mientras los empleados se ponían los abrigos, él se deslizó furtivamente hasta el lavabo, aquel lugar tan seguro, y se encerró dentro. Nadie se dio cuenta. Todos pensaban sin duda en su tarde libre. Allí esperó largo rato. Sólo al cabo de varias horas, ya muy entrada la noche, se atrevió a salir. La tienda estaba a oscuras. Buscó el interruptor a tientas. No había pensado en él durante el día. Cuando lo encontró y lo tuvo entre sus dedos, le dio miedo encender la luz. Alguien podría verlo desde la calle y llevárselo a casa.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Pero no podía leer y eso lo puso triste. Fue bajando un volumen tras otro, lo hojeaba y hasta descifró algunos títulos. Más tarde se trepó a la escalera. Quería saber si los libros de arriba ocultaban algún secreto. Se cayó y dijo: «¡No me he golpeado!». El piso era duro. Los libros eran blandos. En una librería uno cae sobre libros. Pudo haber hecho una torre con ellos, pero el desorden le parecía vulgar, y, antes de sacar uno nuevo, guardaba el otro en su sitio. Le dolía la espalda. Tal vez fuera sólo el cansancio. En su casa estaría durmiendo hacía rato. Allí era imposible, la tensión lo mantenía despierto. Pero sus ojos ya no distinguían ni los títulos más grandes, y eso lo irritaba.

Calculó cuántos años podría pasarse allí leyendo, sin salir una sola vez a la calle ni ir a aquel estúpido colegio. ¡Por qué no quedarse allí siempre! Podría ahorrar para comprarse una camita. Su madre se habría asustado. Él también, pero sólo un poquito, por el silencio que había. Las farolas de gas se apagaron en la calle. Las sombras invadieron los rincones. Existían, pues, los fantasmas. De noche lle-

gaban todos volando, se acuclillaban sobre los libros y leían. No necesitaban luz, ¡con esos ojos tan grandes! No se atrevió a tocar un libro más de los estantes superiores. Ni tampoco en los de abajo. Se acurrucó bajo el mostrador; los dientes le castañeteaban. Diez mil libros y, sobre cada uno, un fantasma acuclillado. Por eso había tanta calma. A veces los oía pasar las páginas. Leían tan rápido como él. Se hubiera acostumbrado a su presencia, pero eran diez mil y alguno podía morderlo. Los fantasmas se enojan cuando alguien los roza; creen que uno se burla de ellos. El niño se hizo un ovillo y ellos revoloteaban por encima de él. La mañana no llegó sino después de muchas noches. Se quedó dormido. Cuando los empleados abrieron, no los sintió. Lo encontraron bajo el mostrador y lo sacudieron hasta despertarlo. Al comienzo se hizo el dormido, pero pronto empezó a berrear. Ayer se quedó encerrado, dijo, lo sentía por su madre, que seguro lo anduvo buscando en todas partes. El propietario lo interrogó y, no bien supo su nombre, lo mandó a casa con un empleado, que presentó sus excusas a la señora: el muchacho fue encerrado por error, pero estaba sano y salvo. Él se ponía a sus órdenes. La madre le creyó y quedó contenta. Ahora, el mentirosillo de otros tiempos poseía una biblioteca extraordinaria y un nombre no menos famoso.

Kien aborrecía la mentira. Desde su niñez había sido fiel a la verdad. No recordaba ninguna mentira aparte de aquélla, que además reprobaba. Sólo la conversación con el chiquillo —su vivo retrato a esa edad— se la había evocado. Basta ya, pensó, son casi las ocho. A las ocho en punto comenzaba su trabajo, su labor al servicio de la verdad. Ciencia y verdad eran para él conceptos idénticos. Uno se aproxima a la verdad cuando se aleja de los hombres. La vida cotidiana es un entramado superficial de mentiras. Cada transeúnte era un mentiroso. Por eso ni los miraba. ¿Quién, entre los pésimos actores que integraban la masa, tenía un rostro capaz de interesarlo? Cambiaban de cara a cada ins-

tante; no conservaban el mismo papel un día entero. Desde un comienzo supo que toda experiencia era, en estos casos, superfina. Deseaba perseverar tenazmente en su propia esencia. No sólo un mes, no sólo un año: toda su vida permanecería idéntico a sí mismo. El carácter, cuando se posee, determina también el aspecto físico. Se recordaba siempre como un hombre alto y enjuto. Sólo conocía su rostro fugazmente, de verlo reflejado en los cristales de las librerías. En su casa no tenía un solo espejo; el espacio es-caseaba entre tanto libro. Pero sabía que era enjuto, severo y huesudo; eso le bastaba.

Al no tener ningún deseo de observar a nadie, mantenía los ojos bajos o miraba por sobre la gente. Adivinaba exactamente dónde había librerías. Su instinto nunca le fallaba. En esos casos, lo guiaba la misma fuerza que guía a los caballos de vuelta a sus establos. Salía de paseo para respirar el aire de otros libros; éstos provocaban su desacuerdo o lo reanimaban un poco. En la biblioteca, todo iba a pedir de boca. Entre las siete y las ocho de la mañana se tomaba una de esas libertades que suelen constituir toda la vida de los demás.

Aunque disfrutara al máximo de esa hora, procedía con regularidad. Vaciló un poco antes de cruzar una calle concurrida. Le gustaba mantener el mismo paso, y, por no darse prisa, esperó un momento favorable. De pronto, oyó que alguien le gritaba en voz alta a otra persona:

—¿Podría decirme dónde queda la calle Mut? —El interpelado no contestó. Kien se sorprendió al ver que, en plena calle, hubiera hombres tan silenciosos como él. Aguzó el oído sin levantar la mirada. ¿Cómo reaccionaría el interpelante ante aquel mutismo?—. Disculpe usted, por favor, ¿podría decirme dónde queda la calle Mut? —Formuló su pregunta en tono más cortés; pero no tuvo mejor suerte. El otro no respondió—. Creo que no me ha oído. Quisiera pedirle una información. ¿Sería tan amable de indicarme cómo ir a la calle Mut? —Kien sintió espoleada su sed de co-

nocimientos —la curiosidad le era extraña— y decidió observar al taciturno siempre que persistiera en su mutismo. El hombre estaría ensimismado, sin duda alguna, y quería evitar cualquier interrupción. Esta vez tampoco dijo nada. Kien lo alabó. Uno, entre miles, que resiste a los caprichos del azar—. Oiga, ¿está usted sordo? —gritó el primero. «Ahora sí replicará el segundo», pensó Kien, que empezaba a perder la complacencia en su protegido. ¿Quién controla su lengua cuando lo insultan? Se volvió hacia la calle: era el momento ideal para cruzar. Extrañado ante el persistente silencio, se detuvo. El segundo siguió mudo. Era previsible un estallido mucho más violento de su ira. Kien esperaba una disputa. Si el segundo reaccionaba como un individuo cualquiera, Kien vería confirmada, incontestablemente, la opinión que de sí mismo tenía: era el único hombre de carácter que paseaba por allí. Se preguntó si debería echar una mirada. El incidente se desarrollaba a su derecha. Pero el primer tipo estalló—: ¡No tiene usted modales! ¡Es usted un patán! ¡Le he hecho una pregunta en el tono más cortés! ¡Qué se ha creído, grosero! ¿O acaso es mudo? —El segundo seguía en silencio—. ¡Tendrá que disculparse! ¡Me importa un bledo la calle Mut! ¡Cualquiera puede enseñármela! ¡Pero usted me pedirá disculpas! ¿Me oye? —El otro no oía. Pero empezó a ganarse la estima del expectante Kien—. ¡Lo entregaré a la policía! ¿Sabe con quién está hablando, esqueleto? Y así pretende ser un caballero. ¿De dónde ha sacado lo que lleva puesto? ¡Del Monte de Piedad! Tiene todo el aspecto. ¿Qué lleva usted bajo el brazo? Yo se lo diré. ¡Será mejor que se suicide! ¿Sabe usted lo que es?

De pronto recibió Kien un violento empujón. Alguien le cogió la cartera, como queriendo arrancársela. Con un esguince que superaba ampliamente sus fuerzas normales, rescató de golpe los libros de las garras del ladrón y se volvió a la derecha. Aunque dirigida a la cartera, su mirada recayó en un grueso hombrecito que lo cubría de improprios:

—¡Un patán! ¡Un patán! ¡Un patán! —El segundo, el mudo, el hombre de carácter que controlaba su lengua pese a la cólera, era el propio Kien. Con toda calma le volvió la espalda al analfabeto gesticulador, cortando en dos su cháchara con aquel fino cuchillo. Un pobre obeso cuya amabilidad se convirtió en insolencia a los pocos instantes, no podía ofenderlo. En todo caso, cruzó la calle con una rapidez mayor que la prevista: cuando se llevan libros conviene no llegar nunca a las manos. Y él siempre llevaba libros consigo.

Pues, en definitiva, nadie está obligado a escuchar las estupideces de cualquier transeúnte. Perderse en discusiones es el mayor peligro que puede amenazar a un sabio. Más que oralmente, prefería Kien expresarse por escrito. Dominaba más de una docena de lenguas orientales, y se había familiarizado con muchas de las occidentales. Ninguna literatura le era extraña. Pensaba por citas y escribía en párrafos cuidadosamente meditados. Numerosos textos le debían su reconstrucción definitiva. Al dar con algún pasaje deteriorado o alterado en antiguos manuscritos chinos, hindúes o japoneses, se le ocurrían cientos de interpretaciones posibles. Muchos críticos lo envidiaban por eso; él tenía que defenderse del exceso de ideas. Con una lentitud exasperante y un extremo rigor consigo mismo, sopesaba las alternativas cauta y meticulosamente durante meses, y sólo se decidía por alguna letra, palabra o frase entera si estaba seguro de que era inatacable. Los ensayos que hasta entonces publicara —escasos en número, pero auténticos puntos de partida para muchos otros— le habían granjeado la reputación de primer sinólogo de su tiempo. Sus colegas los conocían al dedillo y casi de memoria. Una vez escritas, sus frases se volvían decisivas y concluyentes. En los casos controvertibles, todos se dirigían a él, la autoridad suprema aun en campos tangencialmente relacionados con su especialidad. Honraba a poca gente con sus cartas. Pero la persona elegida recibía, en una sola carta, estímulos sufi-